

DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ECÍJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XXXI)

19 de Agosto 2017
Ramón Freire Gálvez.

Voy a empezar, como es lógico por dar el parte médico, pues mi Secretario (desde que se metieron los sindicatos por medio) tiene vacaciones en agosto y no puede encargarse de ello. Por cierto, que hoy hace 45 años que tomé posesión de mi puesto en el Juzgado de Instrucción de Vélez-Málaga, que fue mi primer destino y tiene huecos la cosa, en 45 años no me he dado de baja un solo día, pues una vez que tuve un pinzamiento en la espalda que me dejó encamado unos días, me pilló de vacaciones y ahora que llevo seis meses jubilado, he recibido una cornada, como dice mi amigo *El Ecijano*, de las grandes.

Pero bueno, vamos al parte médico. El análisis de la biopsia llegó ayer, nada de metástasis, tumor identificado como primario, nada más en todo mi organismo, pero como quiera que el tumor es de los calificados agresivos, paso a manos del oncólogo, con el que ya tengo cita para el próximo 29 de Agosto a las 18,30 en Córdoba, que será el que decida el tratamiento a recibir y vamos para delante, que hay en el mundo quien está en peores condiciones y no se queja y yo que tengo algunos artículos preparados para ustedes, no puedo dejar de mandarlos.

El de hoy, es un homenaje a quien, como torero, dejó su vida en una pequeña plaza de la provincia de Ávila, como fue Lorenzo Lucena y que también sucedió en un mes de agosto, pero en el año 1962 y que, junto a sus padres y hermanos, era casi familia de la mía y que hoy le recuerdo con este artículo:

Por mis vecinos, amigos y casi familia, la saga de Los Rabanillos.

Después de algún tiempo seleccionando varias noticias periodísticas, vuelvo a la senda de aportarlas, en pleno mes de Agosto, en cuyo mes, debido al calor, todavía me deja menos tiempo para descansar, pero ya está el cuerpo acostumbrado, año tras año la misma cantinela; así es Écija y por ende los que en su suelo patrio residimos. Pero vayamos al grano y voy a dedicar este capítulo, creo que casi completo (ya lo veré cuando lo termine), a una tragedia taurina que viví personalmente por mi relación de vecindad, amistad y casi familiar, que nos unía a todos los que en aquella fecha vivíamos en el llamado barrio de los gitanos, con la familia de los Rabanillos.

En Agosto de 1962, es decir, hace ahora 55 años, Écija y particularmente el barrio de San Agustín, en la calle Zamorano donde ellos y yo vivíamos (10 años



tenía yo y lo recuerdo perfectamente), se vistió de luto, porque la guadaña de la muerte se llevó para delante a un vecino del barrio, que era ilusión de todos los que éramos niños y admiración de los mayores; guadaña con la que le golpeó un novillo en su incipiente carrera de torero, cuando lo toreaba en la plaza de toros de Santa Cruz del Valle (Ávila), en la que, los cajones de los toros, hacían de palcos donde se acomodaban los aficionados.

Se llamaba Lorenzo Lucena "Rabanillo". Había nacido el 10 de Agosto de 1936 (precisamente en el día de su santo) y desde pequeño empezó a hacer sus pinitos en la tauromaquia, siguiendo los pasos de su hermano Luis Lucena. De hecho, el año de 1961, Lorenzo fue el triunfador del festejo del Bolsín Taurino Mirobrigense.

Y llegó el fatídico 8 de Agosto de 1962, cuando le faltaban dos días para cumplir 26 años, Lorenzo Lucena era el único espada que intervenía en un festejo taurino en la plaza de Santa Cruz del Valle (Ávila), lidiando reses de Buendía Hermanos. Había cortado una oreja en su primero y en el segundo, fue volteado por el novillo, con tan mala fortuna, que al caer de cabeza, se produjo la fractura de la columna vertebral, a la altura de la cuarta vértebra cervical y a pesar de que inmediatamente lo trasladaron al Sanatorio de Toreros en Madrid, ya ingresó sin vida.

Y como quiera que tengo guardado las noticias que se publicaron al



respecto, dada la afición taurina de mi familia y a la que yo me uní, ahora, como pequeño homenaje (aunque en ocasiones haya publicado alguna que otra nota respecto del mismo), en el LV aniversario de su muerte, para terminar este mes de

Agosto traigo para que ustedes lo compartan lo que se publicó al respecto, con las fotografías correspondiente.

Lo primero aparece en el semanario taurino ***El Ruedo del 16 de Agosto de 1962*** que decía así:

"A LORENZO LUCENA LE HA MATADO UN TORO. Plaza de toros de Santa Cruz del Valle. Se lidian dos novillos, con divisa verde y encarnada de la ganadería de Buendía Hermanos. Una placita modesta y un pueblo que celebra sus fiestas con el pan y toros de tantos lugares íberos. Aquí ha venido a morir, en una tarde de fiesta, sin luces de caireles ni sangre para las coplas populares, un joven novillero de Écija que se llama Lorenzo Lucena.

No tienen nada que hacer, en este caso, los tópicos para usos de escritores con vena de inspiración. Aquí no hubo claroscuro dramático de la Fiesta, ni lánguidos desmayos de señoritas con mantillas, ni carrera de figura cortada por la muerte. A Lorenzo Lucena le ha matado, incruentamente, un toro avisado, playero y peligroso, de los que mueren a cientos todas las temporadas en las Plazas de tercera categoría. Nadie en Santa Cruz supo de la tragedia hasta después, cuando los periódicos publicaban sin lujos tipográficos la desgracia irremediable de un modesto muchacho de veintiséis años, uno más en la Fiesta, uno más para la lista de los que iban camino de ser y quedaron en

promesas malogradas.

En el sanatorio de Toreros, cuando ya van a llevarse el cadáver camino de su última morada, hacia la Écija que le vio nacer, hay muchos rostros, conocidos y desconocidos, del mundo del toro. En la capilla ardiente, muchas coronas y muchas flores.

Luis Lucena también es torero. Estuvo este invierno en Colombia y Ecuador. Ahora tiene los ojos serenos, aunque la voz le delata una honda pena. Allí está él, acompañando a su hermano muerto y recordando.

- Fui yo quien le metió en esto del toro. Él era el más pequeño de los seis hermanos. Mis padres trabajaban en el campo. Le traje a Madrid hace tres años y le ayudé en lo que pude para que fuera toreando por ahí. Tenía una afición enorme.

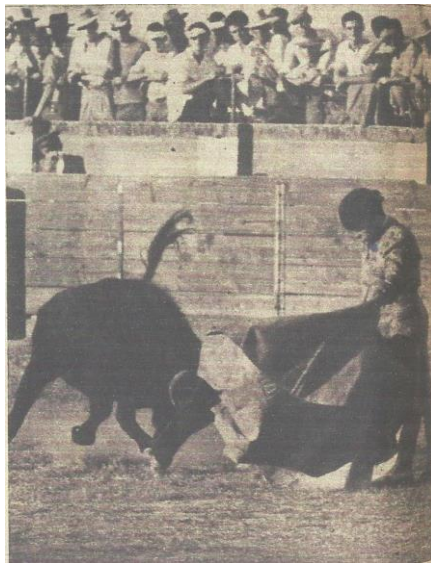
Llegan los amigos, los conocidos y los desconocidos. A la puerta espera el coche fúnebre. Hay muchos apretones de manos y muchas emociones sinceras.



- Él quería ser un torero serio. Tenía metido en la cabeza a Manolete. Luego a El Viti. Nunca le gustó torear para la galería. Estaba depurando su estilo, profundizando su arte. Tenía muchas esperanzas. Este mismo año iba a empezar a torear con picadores, en Zaragoza y San Sebastián de los Reyes.

Amigos y compañeros de cartel. Los que le hicieron a veces el quite y los que vieron cerca, en los momentos de peligro, el capote salvador de Lorenzo.

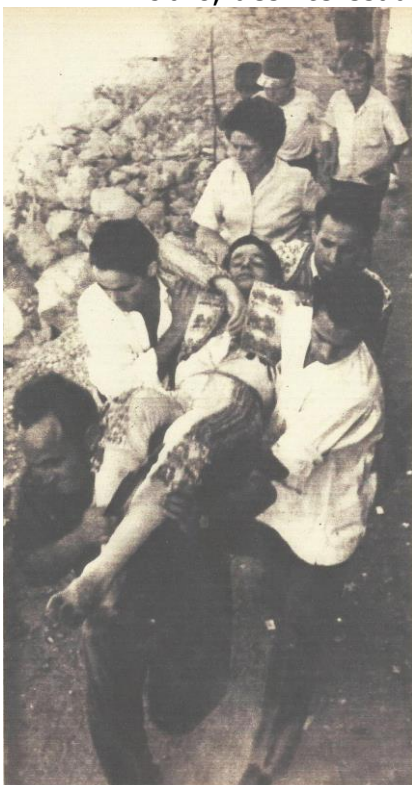
- Yo estaba allí –habla Luis Lucena-. Había ido acompañándole. Lorenzo le cortó las orejas al primer novillo. El segundo le cogió y yo le hice el quite, arrojándome a la arena. Él se levantó y se fue otra vez al toro con muchas ganas. Estaba muy cerca, muy valiente, con la muleta en la derecha. El toro tenía buena cabeza y poca casta. Se le fue encima y le tiró al alto. Cayó de cabeza. Salté otra vez al quite, pero cuando vi que quería levantarse y no podía, me di cuenta de que le había hecho mucho daño. Enseguida lo llevamos a la enfermería. Era un cuartucho en un piso y tuvimos que subir escaleras con él. Cuando Lorenzo se vio allí, me miró y me dijo: Luis, vámonos a Madrid. Enseguida le metimos en un coche. En el camino, poco a poco, se fue apagando. Ya no hablaba ni oía.



Cuando llegó al sanatorio de Toreros, no había nada que hacer. Rota la columna vertebral. Lorenzo Lucena estaba muerto. La primera víctima de la temporada. Enseguida, el desfile de toreros ante el cadáver del compañero. Lágrimas en muchos ojos. Esta es la pura verdad de la Fiesta. Fuera de las intrigas de apoderados, de la alta y baja política del redondel, de los sueldos fabulosos y las ridículas ganancias, aquí está La Muerte, con mayúscula, que ha sido de siempre el más poderoso, el inevitable señor de la Fiesta de los toros.

Don José Hidalgo es otro de los protagonistas de la historia modesta de Luis Lucena. Está también en el sanatorio. La labor de periodista, en estos momentos, es difícil. Uno siente miedo de profanar el dolor. Y hay que repetirse por los adentros aquello de cumplir con la obligación.

- Luis y Lorenzo, los dos, estuvieron empleados en mi casa. Yo también soy de Écija y ellos vinieron a mí para que les echara una mano. Primero fue Luis, luego Lorenzo. Yo hice lo que pude. Ellos han trabajado en mis casas, pero como amigos, con entera libertad para irse cualquier día a torear por ahí. Yo he sido su mentor, su apoderado a ratos, su amigo o como usted quiera llamarlo. Siempre, claro, desinteresadamente.



Don José Hidalgo tiene tres bares en Madrid. Uno de ellos, El Patio, es lugar de cita de toreros, torerillos y torerazos. En las paredes hay fotos y recuerdos taurinos. Allí nos hemos visto dos días después de la desgracia, sentados tranquilamente ante dos chatos de manzanilla, pasado ya el dolor de las primeras horas.

- Luis había toreado el año pasado tres novilladas en Vista Alegre y cortó orejas. Está en el momento decisivo de su carrera. Pero cualquiera sabe lo que hará ahora. Cuando una madre ha perdido un hijo, y cuando un torero ha perdido un hermano...

Salen a relucir las fotografías. Lucena toreado de corto. Lucena, sonriente, en un patio de caballos. Un par de banderillas, un pase de pecho, un rechazazo.

- Tenía clase, tenía mucha clase.

Hay una pregunta inevitable. Hay que cumplir con la obligación. Y la hago, aunque no

me gusta.

- No, nunca habló de la muerte. Siempre decía que en esas cosas no había que pensar.

Lorenzo Lucena no pudo llegar a figura. No cobró sueldos de figura. Algunas veces, probablemente, ni siquiera cobró.

- Esta novillada no le hubiera dejado más allá de quinientas pesetas,

después de pagarlo todo. Pero lo importante para él era torear y torear. Nunca tuvo novia, porque vivía exclusivamente para el toreo.

Ahora, cuando se han remansado las aguas de la tragedia, cuando ha pasado ya la sorpresa y el dolor, empiezan a llegar ofrecimientos y surgen los proyectos para que este joven Lorenzo Lucena, muerto por un toro, tenga en la muerte un poco de lo que no pudo llegar a conquistar en su breve vida.

- Se piensa en organizar un festival para hacerle un panteón digno. Sería en Córdoba o en Écija. Hay ofrecimientos de su paisano Bartolomé Jiménez, que era un gran amigo del muchacho; de Gregorio Sánchez, el presidente del Montepío, que se ha portado maravillosamente desde que ocurrió la desgracia; de Curro Girón, de Antonio de Jesús...

Punto final. Lorenzo Lucena ha entrado ya en la historia sangrienta de la Fiesta, donde tantos y tantos otros le precedieron. Descanse en paz. E. DELGADO."

El 23 de Agosto del citado 1962, el semanario El Ruedo, respecto a dicha tragedia, publicaba lo siguiente:

"UN TORERILLO MAS. La plaza mayor de Santa Cruz del Valle, piso duro, con algún guijarro que otro, bien preparada para correr en ella los novillos de muerte; con sus talanqueras para que tras ellas pueda situarse lo más cómodamente posible el público; sus tableros para impedir el acceso a los intrusos que luego hacen gala de su listeza si logran su propósito de colarse; con las cajas de transporte del ganado que ahora hacen de palcos, para que en ellas se acomoden los aficionados locales, que entienden de estas cosas y tienen paladar y hasta con su burladero muy bien aprovechado por un comerciante como vehículo publicitario.

Y ahí, cuando el sol, a lo que se adivina por la fotografía va ya de retirada, el muchacho que aceptó torear, porque siempre es bueno adiestrarse, aunque sabía que el provecho económico sería muy poco o ninguno, y el artístico, nulo, dispuesto a clavar un par de banderillas.

Lorenzo Lucena fue cogido después. Una voltereta tremenda. "Nada, no será nada. El porrazo y otra vez a luchar".

Por un camino pedregoso, entre corralizas y casucas, fue llevado Lucena hasta la fonda y, más tarde, en un coche, trasladado a Madrid. Lorenzo ya no supo más de ilusiones, de afectos, ni de cosa alguna. No volvió en sí. Había dejado de existir cuando, en Madrid, los médicos iban a curarle de aquel golpe que, seguramente, "no sería nada".

Uno más. Por este llorarán los suyos; a este se le recordará de tarde en tarde. Torerillo aún en agraz, le fue negado todo. Dios le acogerá en su gloria; la gloria de este mundo no se rindió a Lorenzo Lucena".

Igualmente en la revista ***Écija del 21 de Agosto de 1962***, recogió la triste noticia y apareció en su portada la fotografía del malogrado torero, con un poema sin igual del gran poeta Manolo Mora Jiménez, que decía así:

Teresianos caminos



Teresianos caminos,
Con adioses de espigas
Ya granados,
Con la luna llorando
En un parto de muerte
Y sus fatigas.
Las monteras amigas
Se estremecen de luto
En las arenas.
Así nacen las penas
De una Ciudad llorando
En su tributo
Por Lorenzo Lucena.
El sol abierto de capa
A nuestro dolor lidiando
Y quemando
Los suspiros de la calle.
Valle y Santa Cruz

Del Valle ¡Ay!
Teresianos caminos
Con plegarías de espigas
Desgranando,
Los huesos rotos
Y la sangre ausente
De un clavel hecho lirio
En su esperanza.
La muerte por Castilla
Y por su arena
Y Lorenzo Lucena
En su brindis
A un pueblo de Sevilla.

En la primera de las crónicas, se mencionaba el ofrecimiento para realizar un festival para el mausoleo de Lorenzo Lucena y en el citado semanario ***El Ruedo de 20 de Diciembre de 1962***, aparecía la noticia de su anuncio de esta manera:

"PARA EL MAUSOLEO DE LORENZO LUCENA. El próximo día 25 se celebrará en Écija un festival taurino para recaudar fondos para el mausoleo del infortunado Lorenzo Lucena. Don Emilio Fernández, ha cedido desinteresadamente la plaza de toros, de la que es empresario. Actuarán, desinteresadamente en la lidia de reses de Núñez Guerra, Rafael Peralta, Bartolomé Jiménez Torres, Carlos Corbacho, Palmeño, Luis Lucena y El Pireo".

Y se celebró dicho festival (en la que mi padre colaboró y acompañó una fotografía antes de iniciarse que se hizo), apareciendo la reseña del mismo en el susodicho semanario ***El Ruedo del 3 de Enero de 1963***, con la siguiente

crónica:

“ECIJA, 25. Festival taurino pro mausoleo al novillero Lorenzo Lucena. Novillos de Núñez Guerra, regulares.

El primero fue rejoneado por Ángel Peralta (sufre un error el cronista, dado que fue su hermano Rafael quien actúo), que clavó artísticos arpones y banderillas, terminando con un rejón de muerte. Dos orejas.

Jiménez Torres, faena artística, para gran estocada. Ovación, dos orejas y rabo.

Carlos Corbacho, faena torerísima para una estocada. Una oreja.

Palmeño, faena valentísima, estocada entera. Dos orejas.

El novillero Luis Lucena, faena vistosa y estocada en su sitio. Dos orejas.

El Pireo, faena dominadora y estocada superior. Dos orejas.”



Y se hizo el mausoleo en el cementerio municipal de Écija con los beneficios obtenidos. En el reposan los restos de tan infortunado novillero y posteriormente, cuando falleció su hermano Luis Lucena, que fue su mentor y compañero en la vida de aquel, sus restos también reposan junto a su querido hermano.

La fotografía tomada el sábado 30 de Marzo de 2013, corresponde a la colocación de un busto de Luis Lucena, junto al de su hermano Lorenzo, al fallecimiento de aquel, donde estuvieron la viuda e hijos del citado Luis Lucena.



Este capítulo no me está siendo fácil escribir, por culpa de las emociones, pues como decía al principio, la relación de vecindad, amistad y casi familiar con Los Rabanillos, era, ha sido y sigue siendo muy fuerte.



A mi padre, con Lorenzo y Luis no solo les unía todo lo anterior, sino que además eran compañeros en la remúa (así se llaman antes los costaleros) del Cristo de la Sangre y una foto que tengo de ellos, donde aparece Luis, con la túnica del Jueves Santo (Jueves Santo 1955), sentado, en uno de los cambios que hacían las remúas de los altos y de los bajos, dentro del Bar Padilla que estaba en la Plaza de Colón, esquina calle Carreras y que acompañó

como recuerdo de aquel momento.

También tengo en mi archivo particular, una foto de Lorenzo en la plaza de toros de Écija, del 12 de Octubre de 1955, antes de empezar el festejo, donde está junto a mi padre, mi hermano Joaquín y quien escribe.

Otra posterior, de 25 de Julio de 1960, quizás la última fotografía de una actuación de Lorenzo en Écija, donde aparece mi padre (al fondo con gafas negras) y yo a la izquierda del torero.

Al cabo del tiempo y cuando estaba fuera de Écija, me puse en la tarea de recomponer recuerdos y sentimientos. Escribí varios poemas sobre las cosas de mi barrio, de mi niñez, de mis devociones, de mis recuerdos...

En definitiva, caló hondo en mí el pensar cómo sería la llegada de Luis, desde Madrid, con el cadáver de su hermano, a su casa en la calle Zamorano y decirle a su madre que Lorenzo había vuelto a la casa, pero muerto, sin alcanzar las ilusiones de ser torero grande en la tauromaquia y me puse en la piel de Luis, escribiendo un pequeño poema (no sé si tendrá mucha o poca calidad literaria, pero fueron mis sentimientos) que es con el que voy a terminar este capítulo, que me he atrevido a escribirlo porque la gloria taurina también está llena de los que no llegaron, para que nos acordemos de que uno de ellos, fue ecijano, que vivía en el barrio de San Agustín, en su gitana calle de Zamorano y fue costalero del Cristo de la Sangre en una de sus remúas.

Como decía el cronista, descanse en paz.

El poema tenía este pequeño preámbulo:

Mis padres, eran, como todos los vecinos del barrio, amigos de “Los Rabanillos, de cuya familia habían salido dos ecijanos toreros, Luis y Lorenzo, quienes a la vuelta de cada acontecimiento, los recibíamos como héroes de nuestros cuentos y aficiones.

Pero en el amanecer de un 9 de agosto de 1962, cuando yo era un niño de diez años, corrió como reguero de pólvora negra, la noticia de que a Lorenzo Lucena lo había matado un toro el día anterior en una plaza de un pueblecito castellano, llamado Santa Cruz del Valle.

El barrio entero se hizo llanto, dolor y duelo. Su hermano Luis, permaneció junto a él tras la tragedia hasta que llegaron a Écija. Yo, en el discurrir de los días posteriores y de escuchar las tristes vivencias del hermano junto al cuerpo inerte de Lorenzo, no sólo pensé cómo podría Luis haberle



hecho saber a su familia tan dramático desenlace, sino que le di mayor importancia a la vida de su madre que a la muerte de Lorenzo como torero, viendo que ello, fue la muerte en vida de aquella madre.

¿CÓMO SE LO DIRE A MI MADRE?

Madre, compréndelo, no hubo remedio,
tras el día, con su noche de negro,
la voltereta que mi hermano sufrió
se llevó la vida que tenía dentro.

Cuando apretó mi mano
se despedía con ella de la vida,
pidiéndome como hermano
que cuidara de ti, madre querida.

Sólo, con mis oraciones y rezos,
luchaba yo contra su muerte,
mientras mis ojos, clavados en el cielo,
suplicaban mejor suerte.

Ante la soledad de sus vientos,
recordé sus sueños de ser torero,
maldiciendo mis sentimientos
en querer darle fama, amores y dinero.

Junto a su cuerpo inerte,
sobre una silla, su traje de torero,
poco más de veinte años tenía a su muerte
que fueron rotos por un toro negro.

En solitario con mi duelo
derramé lágrimas por su vida,
no tenía quien me diese consuelo
ni hiciera mi soledad compartida.

Que suenen clarines al viento
en el pueblo que lo vio nacer,
brotando en once torres un lamento
por ese cartel que quedó sin hacer.